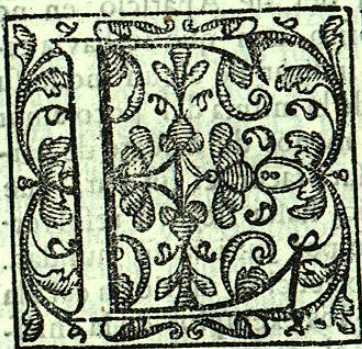


CAPITULO IX.

Passa á segundas nupcias Aparicio.

L poder de aquella gracia, que hizo salir victorioso á Sebastian en tan peligroso conflicto, reanimò su valor, y christiana prudencia para duplicar las palmas de su triumpho, contrayendo segundo matrimonio à los sesenta y tres años de su edad, sin perder de vista la heroicidad de su propósito. Para que fuesse igual el éxito, practicò las diligencias de informarle de las circunstancias de virtud, y poca edad de la que havia de ser escogida; y concurriendo una, y otra en una noble niña, natural, y vecina del Pueblo de Atzacapuzalco, llamada Maria Esteban, la eligió con toda la satisfaccion de sus Padres para el efecto. Vivió con ella en igual paz, que con la primera, siempre unidos en el espíritu, y igualmente de acuerdo en los pareceres. Mas en medio de estas fantas delicias (objeto digno por sin duda de la embidia de todos los casados) le sobrevino à Aparicio una grave enfermedad, en que haciendo su testamento, declaró: *Que para mayor honra, y gloria de Dios, su Muger quedaba Virgen como la recibió de sus Padres; porque solo se havia desposado*

con

con ella para tener algun regalo en su compañía por hallarse mal solo, y por ampararla, y servir-la de su hacienda.

O ya fuesse que huviesse llegado à noticia de los Padres de ésta una tan solemne declaracion de la continencia de Sebastian, ò que por los efectos la pudiesse haver conjeturado; lo cierto es, que ella sirvió de motivo para excitar contra él las mismas quejas, è inquietudes, con que le molestaron los de la primera; à que creyeron dar mayor eficacia con ocurrir à su Confessor, à fin de que le hiciesse desistir de aquel intento. Prestaba à todos grato oido Sebastian; però satisfaciendose de no tener su Esposa el influxo mas leve en el asunto; al passo que repetian aquellos sus instancias, reanimaba éste la heroicidad de sus propósitos, que conservò hasta la temprana muerte de aquella; la que le apresurò un acaecimiento, en que influyó por sin duda su poca edad.

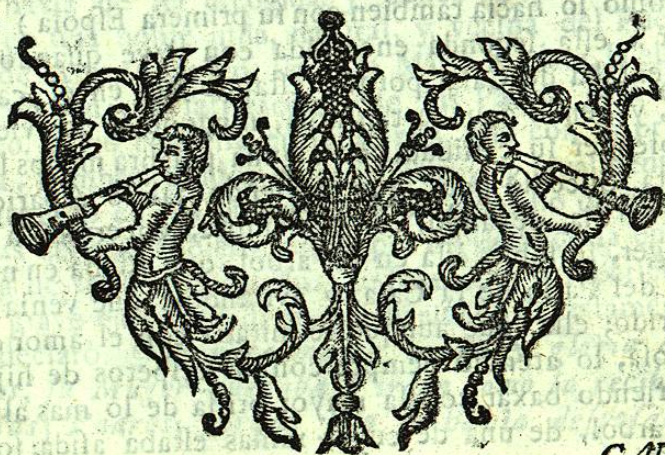
En atencion à ésta, y al zelo que reynaba en Aparicio por la guarda de la pureza, acostumbra (como lo hacia tambien con su primera Esposa) dexar à esta segunda encerrada con llave quando se ausentaba de Casa: porque estando esta en el campo, y siendo aquella tan niña, ninguno se atreviesse à ofender su castidad, con alguna palabra menos honesta. Sucedió pues, que haviendo salido Aparicio cierto dia, dexando, como siempre, encerrada à su Muger, se subió ésta en un arbol, que estaba en medio del Patio de la Casa, y avisándole que venia su Marido; ella, que aunque le miraba con el amor de Esposa, lo atendió siempre con los respetos de hija; queriendo baxar con la mayor prissa de lo mas alto del arbol, de una de cuyas ramas estaba asida; sol-

E

tán-

tándola con el fusto de la mano, cayò en tierra, y lastimada gravemente del golpe, dentro de no mucho tiempo (haviendo cumplido apenas el del año de casada) perdió la vida.

Sintiòla Aparicio à proporcion del casto amor, con que le correspondia, assi de Padre, como de Esposo; bien que le consolaba haver logrado criar, assi en esta, como en la otra (segun èl se expressaba) *dos Palomitas para el Cielo, blancas como la leche*. Y haviéndola enterrado en la Iglesia de Nro. Padre Santo Domingo de Arzcapuzalco, y remitido à sus Padres, como à los de la primera, los dos mil pesos, en que la havia dotado, y con ellos todas las demàs joyas, y alhajas, que havia comprado para su uso, comenzò à meditar desprenderse de todo lo demàs que poseia, para correr con mayor desembarazo la estrecha senda de la perfeccion.



CAPL.

CAPITULO X.

Renuncia Aparicio todos sus bienes temporales, y trata de entrar en Religion.



ARA dar la última mano à aquellos sus deseos, se valiò el Altísimo del medio de una grave enfermedad, que le amenazò con el último peligro de la vida: y haviendo convalécido de ella en el cuerpo, se resolvió à mejorar tambien en el espíritu. La consideracion de que si se huviera llevado hasta la execucion aquella amenaza, se hallaba en su concepto de lo mas escaso de méritos, con que comparecer en el rectísimo Tribunal del Juez Supremo, le hizo aumentar la rigidez de sus penitencias, y mortificaciones ocultas, dexando correr con alguna libertad hasta el exterior los efectos de sus nuevos fervores. Presentábase en público con un vestido de paño pardo mas basto, y grueso, que el que solia. No solo no hablaba ya mas que lo preciso; sino que huyendo de las conversaciones vanas, è indiferentes, no permitia que se tratasse en su presencia otro negocio, que el del desengaño de lo fragil, y perecedero de quanto aprecia el mundo.

Traiale este objeto tan embargado el ánimo, que su notoria abstraccion llegó à poner en algun

cuidado à sus amigos, aumentando sus sospechas el observarle mucho mas que antes mortificado en el semblante, freqüente en las devociones, macerado de las abstinencias, sólicito del retiro, y anegados muchas veces los ojos en lágrimas, acompañadas siempre de profundos suspiros: todo lo qual movió la compassion de algunos de ellos à suplicarle les declarasse el motivo de aquella novedad. No se negó su natural franqueza à manifestarles la mayor viveza, con que se presentaba à su espíritu aquel importantissimo objeto, y à consequencia de ella, la resolución en que se hallaba de abandonar el figlo, y retirarse à un Claustro, à acabar lo poco que le restaba de vida, en el estado religioso.

No bien havia exprellado sus intentos, quando hallò, assi en aquellos, como en quantos se preciaban de tomar interès en sus commodidades, la mas fuerte, y declarada oposicion. Hacíanle todos presente la christiana vida, que hasta entonces havia practicado, no solo con exemplo; mas con edificacion de quantos tenían noticia de su conducta: que supuesto, que Dios, que le havia colmado de riquezas, le havia assistido con su gracia, para que viviese hasta alli con la regularidad, que era notoria à todos; le assistiria tambien para que sin pensar al cabo de la vejez en novedades, y singularidades siempre odiosas, se pudiesse salvar, sin que le fuesse de óbice aquel su estado: esforzando tal vez con aquel mismo fin su pretension con algunos oprobrios.

Escuchábalos Aparicio sin alteracion, y con la mayor serenidad les respondia: *Hermanos: todo lo que decís de mí es verdad; pero lo que se decís es, que todo lo de por acá es basura, y polvo, y solo*

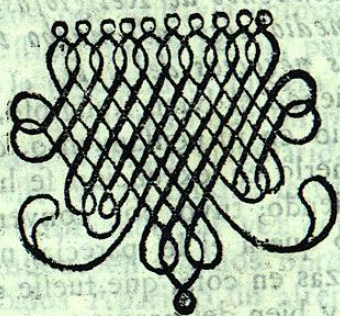
solo el servir à Dios es lo bueno, y perfecto: y para que veáis esta verdad, mirad quantos ricos hay en el Infierno, à quienes las riquezas sirvieron de pesos para ir allà: mirad quantos pobres hay en el Cielo, à quienes la pobreza sirvió de alas para subir tan altos, que se pierden de vista.

Para poner en execucion del modo mas pronto, y seguro aquel su designio, ocurría con freqüencia à un Religioso mui espiritual del Convento de N. P. S. Francisco de Tlalnepantla: el qual queriendo hacer las pruebas, que le dictaba su prudencia de la constancia de Aparicio, y observar si era efecto de la inspiracion de lo alto, ò de la tentacion aquel su propósito; al tiempo, que fomentaba su defengaño, le dilataba los términos de cumplirlo: hasta que lleno cierto dia de mayor fervor que en los antecedentes, repitiò aquel su instancia, diciéndole: *Padre, yo estoy resuelto à dexar sin mas tardanza toda mi hacienda à pobres. y retirarme à servir à algun Convento de Religiosos, para restaurar por este medio algo del mucho tiempo que he perdido en los negocios del figlo.*

Conociendo el buen Religioso, que lexos de vacilar Aparicio en su pensamiento, con la misma demora en ponerlo en execucion se havia ido mas, y mas fortaleciendo; tuvo por conveniente proponerle, que à lo que à él le parecia, no podia emplear sus riquezas en cosa, que fuesse de mayor servicio de Dios, y bien del proximo, que en socorrer con ellas à las pobres Esposas de Jesu-Christo del Orden de Santa Clara, que estaban fundando en México su Convento, y con harta necesidad de ren-
tas

tas para sustentarse. No pudo dar consejo mas acomodado al genio de Aparicio; y assi estimándolo como Oráculo del Cielo, le respondió con igual gozo, que prontitud: *que lo diese por hecho*: y tratando luego de formalizar con la mayor solemnidad la donacion de quanto possèia (à reserva de mil pesos, que separò para su sustento, y que tambien se distribuyeron entre pobres, como despues diremos) otorgò Escritura de ella en México en 20. de Diciembre de 1563. por ante Juan de Orofco Escribano Real, con sola la condicion de que lo havian de admitir las dichas Religiosas por su Sirviente.

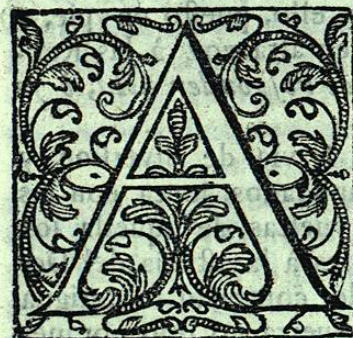
Cerca de veinte mil pesos importaba lo que le diò: quedando de lo mas satisfecha su charidad por parecerle mui corto precio para comprar à costa de el su servidumbre.



CAP I.

CAPITULO XI.

Viste Aparicio el Hábito de Donado, y cosas, que en el servicio de las Religiosas de Santa Clara de México le sucedieron.



Le expressarse Sebastian tan gozoso, como diximos, del destino de su caudal, consultò al mismo Religioso acerca del que debia tomar de su persona. Y atendiendo aquel à lo notablemente abanzado de su edad, fuè de dictamen tomasse el Hábito de Donado de su Orden, con lo que podria satisfacer sus deseos de servir à las dichas Religiosas: que si le convinièsse emprender una vida mas estrecha, Dios Nro. Señor, y N. P. S. Francisco lo dispondrian. Jamàs se llegó à ver tan satisfecha la mundana ambicion en el goze de la dignidad, que pretendia, quanto la humildad de Aparicio cubierta de aquel Hábito, à que consideraba anexo el exercicio de aquella su servidumbre estipulada.

Aplicáronle desde luego las Religiosas al cuidado de la Sacristia, que desempeñò con igual zelo, que edificacion, acompañado uno y otro de la mas admirable sinceridad. Sin embargo del conato, que ponía en instruirse en las ceremonias pertenecientes

à

à su ministerio; la notable escasez de su memoria hacia que cometiese en ellas algunos defectos, que lexos de ocultar por medio del artificio de que aun sin estudio sabe valerse oportunamente el amor proprio, publicaba sus deseos de no errar. Ayudaba en una ocasion revestido de Sobrepelliz una Missa cantada: y habiendo dicho el Sacerdote: *Orate fratres*, el, que de un acto à otro se olvidaba de lo que debia hacer, acometiò à responder: y pareciéndole, que no hacia bien en ello, puesto en pie, y vuelto al Choro, preguntò en alta voz à las Religiosas: *¿Deo gratias: han de responder allà, ò yo acá?*

Esta simplicidad, que servia de diversion, y tal vez de desprecio à los mundanos, junta con las demàs virtudes, con que à vueltas de aquella los edificaba, se hacian intolerables à la astucia del Demonio; por lo que reanimando contra el su antigua rabia, le declaró de nuevo la guerra, no solo por medio de las armas de fuertes tentaciones interiores; sino aun de las exteriores, y sensibles, hasta ponerle en términos de quejarse à la Abadesa, y demàs Religiosas de la Comunidad, declarándoles la cruel persecucion, que padecia. Estas, que le miraban con los respetos de piadosas, y agradecidas; à mas de prometerle los poderosos auxilios de sus oraciones, le proveyeron de la asistencia de dos Sujetos seculares, que le acompañassen por las noches en su aposento. Admitiò gustoso el obsequio; y la primera, habiendose recogido el uno de ellos à dormir, y tomado el otro un Libro, y puesto à lèr; se recostò Aparicio sobre una tabla, que era el lecho mas regalado de su uso. Allí se hallaba à la hora de las once, quando viò, que entra-

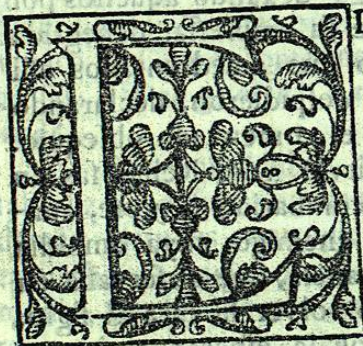
entraban por la puerta dos feroces Leones, el uno de los quales tomò en las manos la candela, y con saltos descompuestos la comenzò à arrojar àcia todas partes, sin que se apagasse su luz; y dirigiendose el otro al compañero, que dormia, dexandose caer sobre el, le asió de la garganta en ademàn de quien le queria ahogar: acudiò Aparicio à su ayuda; y valiendose su fe, como en otras ocasiones, de la arma de la Cruz, los puso en fuga: dexando aquellos por contrafesa de la verdad de su empresa, denegrada la cara del asfaltado; de lo que amedrentados assí el, como el Compañero, se despidieron, declarando no ser su ánimo continuar el comenzado obsequio.

Cerca de un año sirviò à las Religiosas en aquel ministerio Sebastian, combatido siempre, aunque siempre victorioso del enemigo, cuya envidia mal hallada con la perseverancia, que observaba en sus santos propósitos, de no volver la cara al figlo, se entretenia à lo menos con la esperanza de que se amortiguassen sus fervores; mas aquel los llevó à tan alto punto, que estimando por delicado aquel empleo, emprendiò el arduo de professar la vida religiosa.



CAPITULO XII.

Entra Aparicio en la Religion de nuestro Seraphico Padre S. Francisco, y notables successos de su Noviciado.



El día nueve de Junio del año de mil quinientos setenta y quatro, à los setenta y dos de su edad, fuè el decretado por la Divina Providencia para que tomasse en el Convento de N. P. S. Francisco de la Ciudad de México su tantas veces suspirado Puerto Sebastian. Como todo el dilatado resto de su vida anterior lo havia empleado en caminar, y con passos de Gigante, de virtud en virtud, las que comenzò à practicar desde su Noviciado, mas eran pruebas de quien daba la última mano à su perfeccion, que de quien tomaba lecciones para emprender lo difícil de su carrera. Estas proporciones, que observaba su Maestro de parte del espíritu, juntas à las de una nada comun fortaleza en aquella edad, de la del cuerpo, le hacian acomodarle à quantas ocupaciones tan familiares, como laboriosas, propias de su estado de Lego, se ofrecian; y el notable fervor con que las desempeñaba, irritar contra si el insaciable furor del comun enemigo.

Del

Del irregular empeño, con que este se explicó luego que vió emprender à Aparicio su nuevo estado, se echa de ver lo que temia la guerra, que le havia de hacer su humildad en el tiempo de su carrera religiosa. No interrumpió una sola noche de las de todo el año de su Noviciado el methodo, que se propuso su astucia de perseguirlo: apareciasele en varias figuras, y despues del terror, con que intentaba acobardarle, le quitaba las pobres mantas, con que se abrigaba, y arrojandofelas à una azotèa, le obligaba à ir por ellas, en que sacaba de contado el fruto de impedirle aquel sueño precisamente necesario à su descanso. Llegò à persuadirse Aparicio à que podria libertarse de este molesto género de persecucion con envolverse todo en la manta para dormir, y assi lo practicò. Pero viniendo el Demonio, segun lo tenia de costumbre, y advirtiendolo la sencillez del ardid, tomò à Aparicio à cuestras, y comenzò à encaminarse con el la puerta à fuera; lo que advertido por este, le soltó la manta, diciendole: que ay la tenia, que se la llevasse sola; y el executò con ella lo que en las demás noches solia.

De estas (que reputaba la malicia del Tentador ligerísimas burlas) passò à fatisfacer en algun modo su odio, unas veces con descargar sobre el pesadísimos golpes, otras con levantarlo en alto, y dexándolo caer, proseguir arrastrándolo de lo mas barbaramente por el suelo, hasta quedar su fatigado cuerpo casi exánime; pero sin menoscabo de la invencible fortaleza de su espíritu.

Sin embargo de la entereza de este, molestando de la repeticion de los assaltos del Espíritu inmundo, arbitrio Aparicio una traza, que le sirvió de

mucho alivio, haciéndole con ella presente el desprecio, con que trataba su inmundicia. Quando entraba à tentarle en forma visible, echaba mano del Orinal, y arrojándole à la cara los orines, lo hacia huir avergonzado de su presencia; pero mui lexos de manifestarse arrepentido, se valiò del ardid de formar una especie de Tropa auxiliar de los mismos Connovicios de Sebastian, sugiriéndoles medios, con que turbar su constancia en padecer, y en fuerza de las sugestiones de su rabia llegò à lograr hacerle el objeto comun de sus escarnios. No quedò esta persecucion solo en palabras; porque al hacer la disciplina con los demàs, tomaba siempre Aparicio un lugar por lo comun el mas claro, procurando tal vez en ello su irrision, y alli à golpe seguro descargaban sobre èl los mas crueles azotes, los que recibia el Venerable Anciano con tal paciencia, que disimulandolos como entretenimiento de la puerilidad, lleno de la mayor dulzura les decia: *Ola muchachos, tened juicio.*

Como al tiempo, que fomentaban aquellos los designios del Demonio, no solo no desistia èste por su parte de las antiguas molestias; sino que las acompañaba de un pavoroso estruendo, cuyo horror aterraba à los demàs Novicios, llegaron à inquietarse todos de tal modo, que poseidos de un general desconuelo, aun al mismo Aparicio se assomò la tentacion de abandonar el camino comenzado; mas ocurriendo el Cielo à sostenerlo, le proveyò de un auxilio tan poderoso, como el de N. P. S. Francisco, quien visitándole tres noches successivas, lo confortò, prometiéndole de parte de Dios el premio, si seguia su carrera con constancia, abrazándolo amorosamente

fif

sisimamente al despedirse la tercera; con lo que lo dexò tan fortalecido, que jamàs hasta morir le volvieron à acobardar quantas persecuciones, y trabajos tuvo que padecer.

La piedad nos hace creer repuso tambien por medio de las mismas visitas en su antiguo consuelo à los demàs, para que no desmayassen en sus santos pròpósitos; pues solo de uno sabemos haverse dexado llevar de tal fuerte de la tentacion de volver al figlo, que le havia puesto ya casi en los últimos terminos de executarlo; mas antes de emprenderlo quiso dar parte à Aparicio de su resolucion, el qual con santo zelo, è igual sinceridad le refirió el suceso antecedente, añadiendo haverle favorecido tambien muchas veces el Apostol Santiago, Patron especial de Galicia, y universal de España, y que assi procurasse vencer la tentacion, y siguiesse sin temor su camino, porque profesaria; y assi se verificò, viviendo exemplarmente en la Religion.



C.A.P.I.